

Los espacios femeninos en el *Libro de Buen Amor*¹

Lidia Raquel Miranda

Universidad de La Pampa

Este trabajo aborda los ámbitos público y privado —si es posible establecerlos— en el *Libro de Buen Amor*, de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; y se centra en el análisis de los espacios femeninos².

Luego de la oración con la que comienza el libro, el autor se complace en hacer una disquisición acerca de la naturaleza humana y las flaquezas del hombre. Sostiene que como el alma se inclina más hacia el mal y el pecado que hacia el bien y la virtud, y que como la memoria es lábil, se han escrito los libros de la ley, del derecho, de las enseñanzas de las costumbres, de las ciencias y se han elaborado la pintura y las imágenes talladas. Con cierta modestia, coloca su libro a esa misma altura y confiesa su doble intención, didáctica y estética, para los hombres y

mujeres de "buen entendimiento", y su intención exclusivamente estética para aquellos que no comprendan el sentido profundo del texto. Ya aquí se advierte una dualidad que estará presente a lo largo de la obra: la realidad y la apariencia. Y, por supuesto, la relación entre la vida privada y la pública, porque el Arcipreste entiende que el libro constituye un ejemplo para seguir en la vida privada para no menospreciar el buen nombre con la mala fama y la deshonra. Esta dualidad se manifiesta a lo largo de la obra en una lucha entre opuestos: lo espiritual y lo carnal, el amor del mundo y el "buen amor" (entendido como amor a Dios), el hombre y la mujer, el rico y el pobre.

El Arcipreste utiliza el relato de sus amores como recurso didáctico porque le permite, por un lado, mostrar las costumbres relajadas de la sociedad en crisis del siglo XIV (los amores de un clérigo, por ejemplo) y, por otro, presentar la lucha entre la virtud y el pecado. Ambos aspectos conducen a los ámbitos de lo público y lo privado: el primero, en el que se ubican las convenciones sociales, corresponde al ámbito de lo conocido, de lo que se ve, de lo que se juzga, también a la imposición de lo social en las acciones privadas; el segundo, donde tiene lugar la lucha interior, desarrolla el desafío individual e íntimo de cada hombre para hacer una elección de vida virtuosa, por su apego a la ley de Dios, o pecadora, por lo mundana y alejada de lo trascendente.

En este contexto, las relaciones interpersonales del Arcipreste, tanto con las mujeres a las que desea como con su alcahueta, ofrecen un campo muy rico para rastrear los límites implícitos entre lo público y lo privado y la otredad que representan las mujeres y los espacios femeninos. Sin embargo, las características misceláneas de esta obra, que engarza con maestría los innumerables elementos (fábulas,

alegorías, episodios contados en tercera persona, composiciones líricas, apólogos, un *planctus*...) que adquieren unidad en el cuerpo del poema a través del uso de la primera persona autobiográfica y del propósito didáctico, obligan a una selección de los episodios que serán analizados. En este caso:

- episodio de Doña Endrina (576 - 891)
- episodios de las serranas (950 - 1042)
- episodio de Doña Garoça (1332 - 1507)³

Mujeres y espacios femeninos en la Baja Edad Media

La baja Edad Media, período en el que surge el *Libro de Buen Amor*, transcurre desde la segunda mitad del siglo XIII hasta finales del siglo XV. Aunque resulta muy difícil definir en su conjunto esta época en la que se aprecian multiplicidad de características sociales, culturales y políticas, es posible considerarla como el período en el que declina el orden medieval: el derrumbamiento de la sociedad señorial por un cambio profundo en los aspectos social y económico y una renovación espiritual (Ariès y Duby 1987). El ascenso acelerado de la burguesía condujo al crecimiento y prosperidad de las ciudades. Los viejos ideales caballerescos como el heroísmo y la santidad se fueron perdiendo poco a poco. Las nuevas fuerzas sociales, económicas y culturales, sin embargo, convivían con las viejas estructuras caducas que no querían desaparecer y custodiaban su prestigio y tradición. Esto dio lugar a la coexistencia de dos sistemas de valores: uno sujeto a las tradiciones aristocráticas de las clases privilegiadas; y otro que comenzaba a adquirir resonancia, por su espíritu

transformador y gracias a una minoría intelectual que, muchas veces parapetada tras instituciones tradicionales como la Iglesia, las cortes o los parlamentos, se expresaba y buscaba su consolidación (Romero 1949).

Es así como el panorama cultural de la baja Edad Media se manifiesta en una lucha permanente entre opuestos: el espíritu caballeresco y el burgués, el sentimiento religioso y el profano. Este es el momento en que escriben sus obras Boccaccio, Chaucer, Juan Ruiz y muchos otros que muestran esta dualidad como nuevo sentimiento de vida.

Otro rasgo característico de esta época es la afirmación de lo individual, en especial en el arte y la literatura, frente al fenómeno de lo colectivo que define a la sociedad feudal, cuyo orden claro y establecido se rompe y da paso a un hombre escéptico, preocupado y que actúa a menudo de manera contradictoria (Lotman 1979: 43-53).

Es posible advertir, entonces, que la crisis medieval no es sinónimo de cambio rotundo y rápido en las costumbres y convenciones culturales. La transformación se aprecia en la burguesía económicamente fuerte, pero no, por ejemplo, en la clase popular más humilde y en ciertas instituciones sociales como la familia y el matrimonio, que se vieron sujetas a las mismas reglas que durante el período anterior (Ariès y Duby 1987).

La dominación masculina es predominante y casi universal. La desigualdad de los roles masculino y femenino es la consecuencia natural del hecho de que ambos estuvieran claramente delimitados y determinados. El papel de la mujer medieval está controlado y se reduce a un rol productor relacionado con la fecundidad y la sumisión. Entonces se ve subordinado al masculino, ya que, como ella no detenta el poder, no resulta conveniente que permanezca

sola, entonces accede al matrimonio, generalmente concertado y asumido por el hombre como una asociación de intereses y por la mujer, como una institución de protección. En las clases nobiliarias, especialmente, la institución matrimonial excede los límites de las relaciones privadas y se transforma en una res publica debido a la importancia que se le otorga a la progenitura en desmedro de la satisfacción sensual. El valor de la mujer sólo está dado por su condición de madre. Así, en el seno del matrimonio, se concibe al lecho como el lugar sagrado para la procreación de los herederos, y el control de la virginidad, entendida como pureza de sangre, maximiza el rol productor de la mujer.

La sexualidad es concebida como un papel secundario en la vida de la mujer medieval. Una interpretación muy común era la consideración del aparato sexual femenino como invertido o atrofiado, de allí la concepción de la mujer como ser degradado, distinto al masculino. Las mujeres que tomaban la iniciativa en el aspecto sexual eran vistas como hombres imperfectos.

Las religiosas, aunque no estén bajo la tutela de ningún hombre en particular, deben conducirse según las reglas de sus conventos, que son frecuentemente visitados por los obispos u otra jerarquía eclesiástica con el objetivo de controlar la convivencia y otros aspectos, como la economía y el ejercicio de la autoridad en el ámbito monacal. Por su parte, las viudas pueden ingresar a un monasterio o casarse nuevamente. Si bien la Iglesia no simpatizaba demasiado con las segundas o terceras nupcias, el contraer un nuevo matrimonio constituye casi una ley en todas las clases sociales porque coloca la satisfacción de la carne bajo el signo del sacramento. Además, se ve como peligroso el aislamiento de la mujer y como amenaza al

orden el hecho de que la tierra o los bienes estén en sus manos (Power 1975).

Es posible observar, a partir de todas estas consideraciones, que la sexualidad es un aspecto muy importante en la subordinación de la mujer al hombre y a la familia. El control de la virginidad, de la nupcialidad, de la cantidad de hijos, del celibato conduce directamente a la jerarquización social del hombre y también implica un control de los movimientos y espacios femeninos. Por otro lado, la reclusión de la mujer en los espacios cerrados se relaciona con la división sexual del trabajo. Las labores de hilado y tejido permiten una mayor intervención de la mujer en la economía doméstica, una pequeña economía no controlada por el señor que, en muchos casos, facilita el ahorro y algunos gastos adicionales de la familia.

Los espacios femenino y masculino representan dos ámbitos bien diferenciados, cuyas funciones se relacionan estrechamente con las características de la ciudad y las de la casa familiar.

La casa es una construcción que protege un interior y tiene una puerta que permite la entrada y la salida. En *el adentro* está lo femenino, a manera de vientre, que dará la vida futura y asegurará la continuidad de un linaje y una cultura; en *el afuera* está lo masculino, que lucha, que combate. La casa establece una organización social que preserva a la mujer en sus ámbitos propios, especialmente a las jóvenes, para garantizar las leyes de la herencia. Esta contraposición mundo masculino/mundo femenino puede ser identificada con la de guerra/paz, en la que el hombre representa el movimiento, el impulso, la agresión, y la mujer la existencia, la esencia, el ser, la vida (Ariès y Duby 1987). Entonces, la casa, con su huerto, así como los claustros monacales, son los lugares cerrados preferidos para la mujer

porque le aseguran al hombre la preservación de su honra masculina, ya que cuando una mujer es mancillada, el injuriado es el hombre, el que ostenta la jerarquía familiar en el orden social. Es por esta causa que cuando la mujer se presenta en público nunca lo hace sola.

Un esquema similar al de la casa se observa también en la ciudad: existe una muralla, para protección del elemento constitutivo de la ciudad, el adentro, y están las calles, que constituyen el espacio público en el que los hombres se comunican y al que se accede por la puerta de la casa. Así como sin puerta no hay casa, sin calles no existe la ciudad. Estos dos elementos son los que dan lugar a la comunicación entre los hombres porque, justamente, permiten que los ámbitos público y privado se relacionen. La muralla que rodea la ciudad establece el límite entre el marco cultural de referencia y el espacio a-cultural, es decir lo que no se reconoce como propio y frente a lo cual el hombre tiene que enfrentarse para salvaguardar su identidad cultural identificada con el adentro de la ciudad.

Tal vez sea posible establecer una comparación entre estos espacios interiores y exteriores con la disposición de los órganos sexuales, lo que conduce al hombre y a la mujer a una aceptación de sus roles sociales por el fenómeno de identificación.

De este breve análisis surge que la mujer tiene acceso a tres ámbitos diferenciados: 1) a las calles de la ciudad (espacio público) conforme a un patrón de comportamiento; 2) a la casa (espacio privado) que constituye su propio espacio; y 3) a las habitaciones y al lecho nupcial (espacio íntimo) que identifica su función familiar y social.

Papeles, funciones e interrelaciones de la mujer en el *Libro de Buen Amor*

En el *Libro de Buen Amor*, la estructura narrativa de los amores del Arcipreste es similar, en líneas generales, en todos los casos ya que se describe a la mujer objeto del deseo, se envía a una mensajera y ambas mujeres dialogan a través del intercambio de fábulas. Se manda a esta mensajera porque se advierte la imposibilidad de mantener un contacto privado entre los enamorados, como es el caso del primer amor:

Assí fue que un tienpo una dueña me priso,
de su amor non fui en ese tienpo repiso:
sienpre avía della buena fabla e buen riso,
nunca ál fizo por mí nin creo que fazer quiso. (77 a-d)
Era dueña en todo e de dueñas señora;
non podía estar solo con ella una ora:
mucho de omne se guardan allí do ella mora, (78 a-c)

[...]

Enbiél' esta cantiga, que es deyuso puesta,
con la mi mensajera, que tenía enpuesta; (80 a-b)⁴

El cortejo es lícito pero no es privado por la condición de la mujer de linaje, muy expuesta a las calumnias y a las mentiras que pueden mancillar su nombre y el de su familia, por lo que no se muestra sola en público; muy por el contrario es acompañada por sus familiares, en especial por la madre, cuando pasea por las callejas o por la plaza, o bien permanece encerrada en su casa. La casa y el huerto se aprecian como santuarios donde se resguarda la pureza de la virgen, donde el hombre ajeno a la familia no tiene acceso, pero que sí están abiertos a las visitas de las

viejas que conocen las callejas y andan de casa en casa y por las iglesias. Paradójicamente, las jóvenes, y aun sus madres, conocen las mañas y las tretas de estas viejas que gozan de cierta impunidad que les permite ir de casa en casa oficiando de hierberas.

El episodio de Doña Endrina resulta muy esclarecedor con respecto de lo que se acaba de exponer. La muchacha es presentada en un paseo por la plaza, lugar poco propicio para hablarle de amores porque ella está acompañada. A pesar de ello, el enamorado intenta un acercamiento y le habla en un tono bajo porque todos los miran. Como advierte que no puede cortejarla en público, le propone buscar un lugar seguro para hablar. Ella se muestra preocupada por su honra, sostiene que la mujer no debe encontrarse a solas con un hombre porque corre peligro su buena fama. Ante esta negativa, el mancebo busca una mensajera, de nombre Trotaconventos, para que interceda por él y consiga sus propósitos. La vieja alcahueta logra que Don Melón de la Huerta consiga los favores de Doña Endrina por medio de sus *artes* engañosas. Un argumento que esgrime en éste y otros episodios y que le resulta provechoso es hacerle ver a la mujer objeto de conquista que una casa sin hombre no se sostiene:

Començó su escanto la vieja coitral:

"Quando el que buen siglo aya seyé en [e]ste portal
dava sonbra a las casas e reluzié la cal;
mas do non mora omne, la casa poco val. (756 a-d)

[...]

do son todas mugeres, nunca mengua renzilla. (757 d)

Dios bendixo la casa do el buen omne cría: (758 a)

La unión de Doña Endrina y Don Melón lleva a la

joven al arrepentimiento por la honra perdida y a las advertencias contra las alcahuetas. La vieja sigue con los consejos: que no hable del asunto, que no lo haga público, porque sufrirá una sanción familiar y social. La posibilidad de una boda asusta a la muchacha por su condición de viuda: está mal visto que una viuda se case antes de un año de fallecido el marido, además podría perder su herencia. Se muestra en este episodio que la virtud de la mujer no es sólo un problema de conciencia, sino que atañe a todos los que la conocen. Finalmente, este encuentro culmina con un casamiento entre los personajes que legitima la intimidad entre ambos, que hace pública y socialmente aceptable la vida privada de la pareja.

Más adelante, en el episodio de Doña Garoça (1332-1507), el texto ofrece una visión bastante completa del mundo cotidiano del convento, con la descripción de las labores de las monjas, consideradas por Trotaconventos las mejores amadoras, tanto por sus dotes personales como por ser muy buenas cocineras y reposteras. En este episodio también la alcahueta tiene acceso a un espacio vedado para el que desea conquistar a la joven, por eso su mediación se hace nuevamente necesaria y el cortejo de la monja tampoco es privado.

Contrariamente a todo esto, los encuentros del Arcipreste con las serranas se tiñen de matices muy diferentes. Para empezar, estas mujeres no se hallan en los ámbitos doméstico o monacal de la ciudad, reservados para ellas. Su ambiente es la sierra, el espacio que está fuera de la ciudad, que de ningún modo las protege sino que las enfrenta permanentemente a los peligros de la naturaleza y las obliga a desarrollar trabajos rudos, como por ejemplo el de cuidar animales. Este ambiente serrano y estas tareas las convierten en seres imperfectos, distintos del hombre por su

sexo pero también diferentes de las mujeres por su fealdad y por el espacio masculino que ocupan.

Las descripciones que la obra ofrece de la mujer consolidan la estética femenina de los siglos XIII-XIV. De Doña Endrina se alaba su hermosura, su talle, su alto cuello de garza, sus cabellos, el color de su boca (653, a, b, c, d). Respecto de Doña Garoça, el Arcipreste lamenta que tal belleza se oculte bajo la oscuridad de los hábitos religiosos. Sin embargo, de las serranas se destaca la horrible apariencia, la rudeza y brusquedad de sus maneras, el lenguaje poco cuidado, en fin, sus características tan alejadas de los cánones estético y de comportamiento femeninos propios de la época (1010-1020, b).

Las relaciones del Arcipreste con las serranas también difieren de las otras que se suceden a lo largo de la obra. Debido a que los encuentros se desarrollan en las sierras, espacios salvajes que se hallan en el afuera de la ciudad, no es necesaria la intervención de ningún tercero en amores porque, fuera del ámbito citadino, se excluyen las convenciones culturales. Por otro lado, no es el hombre el que en este caso solicita los favores de estas mujeres, sino que son ellas las que inician el ataque, sin ocultar su apetito carnal, e incluso el personaje masculino es forzado a cumplir con su parte. Es obvio que, mientras que en el resto de los amores el Arcipreste pretende conquistar a las mujeres, en el caso de las serranas todo lo que quiere es huir, alejarse de ellas. Esto se explica, seguramente, por las características de los personajes y del ambiente: en la sierra, frente a mujeres rudas y en absoluto pasivas, el hombre se siente inseguro, sin poder ejercer el control de la sexualidad ni del espacio femenino.

Consideraciones finales

Luego del análisis de estos episodios del *Libro de Buen Amor*, es posible determinar dos espacios claramente opuestos en el contexto de la obra: el mundo masculino y el femenino. El narrador focaliza su discurso desde la óptica masculina, es decir que presenta a las mujeres desde su propio ámbito. Esto conduce a que la mujer y sus ambientes sean mostrados como la Otredad: un universo diferente pero también susceptible de ser dominado. Sin embargo, este mundo femenino no es presentado como único y uniforme. Por el contrario, se advierten dos partes, al menos, que lo conforman: el desarrollo de la vida en la ciudad y el de la sierras. En la ciudad, se encuentra a las damas y a las religiosas, unas en el ámbito de sus casas y las otras en el convento. A simple vista, la casa y el convento parecen diametralmente contrapuestos, pero no es así porque ambos representan al ambiente cerrado, seguro, que brinda la paz necesaria en el orden social. A ninguno de ellos, el hombre puede acceder si no es respetando ciertas convenciones sociales. Es aquí donde desempeña un papel sumamente importante la mediación de la alcahueta, que oficia de eslabón entre el afuera del mundo masculino y el adentro del femenino. Sin ella, las interrelaciones entre el Arcipreste y las dueñas son imposibles.

En las sierras, el protagonista se encuentra con un espacio abierto, en contacto con la naturaleza, en el que se enfrenta con las serranas. Allí, el Arcipreste ve cómo la vida de estas mujeres escapa a los cánones sociales establecidos para la mujer en el contexto cultural de la ciudad. Esto hace que no sea el hombre el que ejerza el poder porque se halla ante una existencia ajena y diferente, que debe conocer antes de poder dominar. Para justificar esta situación es que las serranas adquieren connotaciones

salvajes, tanto en el aspecto físico como en su comportamiento sexual: están claramente diferenciadas del resto del universo femenino que el hombre controla a través de las convenciones que ya conoce y que constituyen su marco de referencia. El hombre, en los episodios de las serranas, no tiene inconvenientes para acercarse a la mujer, no hay trabas socio-culturales que lo impidan; a pesar de ello, no logra desenvolverse con naturalidad ante lo desconocido por lo que prefiere escapar. Este mundo lo desconcierta porque las reglas del juego no son las mismas a las que está acostumbrado: no es él el agresor sino el agredido, no hay posibilidad de un cortejo masculino sino que es forzado a la relación íntima. Sólo puede doblegar a estas mujeres con su discurso que se transforma en descalificador a través de sus descripciones.

A partir de estos episodios, entonces, se pueden detectar tres clases de mujeres en la obra: 1) la mujer en el contexto íntimo y privado de la casa o del convento (Doña Endrina y Doña Garoça); 2) la mujer que pertenece al espacio cerrado de la ciudad pero que representa el afuera de la casa y el convento (Trotaconventos); y 3) la mujer que habita las sierras, un espacio abierto, con actitudes propiamente masculinas (las serranas). Ante estos matices del universo del Otro, el Arcipreste, que encarna al Yo, reacciona de maneras distintas. Al sentirse oprimido por la fuerza de las serranas, huye de ellas, prefiere el espacio conocido y seguro de la ciudad. Allí, generalmente recurre a la ayuda de una alcahueta porque sabe que es el único nexo posible entre él y los espacios femeninos que se le presentan vedados, aunque no hostiles. Su relación con esta vieja, justamente la mediadora entre lo público y lo privado, es la más importante para él porque le asegura, en cierta manera, no sólo su acceso al espacio del Otro sino también su dominio y control.

Notas

¹ Este trabajo fue presentado en las VIII Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas de la UNLPam, realizadas en Santa Rosa, entre el 7 y el 9 de septiembre de 1994.

² El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación "Los espacios del otro y los discursos de poder en la narrativa castellana", subproyecto "Lo público y lo privado en la literatura castellana medieval" que dirigió la Dra. María Cristina Gil de Gates entre 1994 y 1995, y el Dr. José Maristany en 1996.

³ El análisis del texto, así como las citas, han sido realizados en base a la edición del *Libro de Buen Amor* de Clásicos Castellanos, dirigida y comentada por Jacques Joset (Madrid: Espasa Calpe, 1974).

⁴ El subrayado de las citas es mío.

Obras citadas

Ariès, Ph. y Duby, G. *Historia de la Vida Privada*. Madrid: Taurus, 1987. Tomos II, III y IV.

Lotman, Jurij M. *Semiótica de la Cultura*. Madrid: Cátedra, 1979.

POWER, Eileen. *Gente de la Edad Media*. Buenos Aires: Eudeba, 1973.

Romero, José Luis. *La Edad Media*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1949.